

CAPILLADA 138. (86 DE MADRID.)

FR. GERUNDIO.

*Si quis dixerit populum non pe-
tere aliquando cum justitia, ana-
thema sit.*

Si alguno dijere que el pueblo no
pide algunas veces con justicia, le
sacudo un tamborilazo que le re-
biento.

CONC. 5. GER. CAN. 8.

SEIS GAVIRIAS!!!

Seis Gavirias colocados entre seis admiracio-
nes, y por un Fr. Gerundio que de pocas cosas
se admira, ello mismo dice que deberá ser cosa
que tenga, no digo tres bemoles, sino seis sos-
tenidos y otros tantos hecuadros. «!!! Seis Gavi-
rias, Fr. Gerundio, y no ha de ir vd. á ver-
los!!!» me decia el lunes un hermano, á quien
yo manifestaba que no tenía gana de toros.
«Seis Gavirias, y no verlos!!!» repetia con aquel

énfasis de quien se admira de una cosa extraordinaria y sorprendente.

Pero antes de pasar adelante, necesito yo explicar á mis pueblos, es decir, á los suscritores de los pueblos, que no tienen obligacion á aver la nomenclatura tópica matritense, lo que significan seis Gavirias. Han de saber vds. pues que Gaviria y Veraguas son dos generales en jefe de los toros de operaciones de Madrid: por cuya razon á los toros de sus ganaderias que se corren en esta plaza se les da por antonomasia los nombres de sus dueños; y por eso se dice, «seis Gavirias ó seis Veraguas,» para denominar seis toros de cada uno de estos ganaderos, á la manera que decimos, «seis Quijotes, seis Virgilio ó seis Telémacos» para nombrar seis ejemplares de las obras de estos títulos ó autores: que aunque ni Veraguas ni Gaviria hayan escrito obras literarias que se sepa, no por eso dejan de ser unas notabilidades de la época; que los hombres no precisamente han de adquirir fama, reputacion y aun ascendiente en una república ó estado por sus producciones científicas, sino que unos adquieren valía por las letras, otros por las armas, otros por las artes, y otros por el ganado vacuno. Con la particularidad, que los que damos por escribir, máxi-

me si se publica dos veces cada semana lo que se escribe, no es fácil que podamos dejar obras póstumas ó ineditas; y los dos ingenios citados podrán fácilmente dejar toros ineditos de á folio y novillos póstumos en cuarto mayor, que no es pequeña ventaja para sus familias, ó para quien los herede.

Ademas que el ser ganadero tampoco estorba figurar en política, que es el blanco de las figuraciones del dia: porque Veraguas ya me han oido vds. que es diputado de las suspensas, y aun tengo entendido que fue Procer tambien Gaviria es verdad que no ha sido Procer, ni es Diputado, ni Senador, pero eso tampoco quita que influya en la política mas que si fuese Procer, Senador ó Diputado: «*Ecce plus quam Salomon hic*; he aqui uno que no es Salomon, pero que es mas que Salomon,» que decia el otro. No porque yo lo sepa de oficio, pero digo que tal podia suceder, y que de menos nos hizo Dios.

Lo que hay de cierto es que su ganadería, ha sido tenuta hasta ahora en Madrid por la mas brava y mas brillante de las que a quise lidiana como quien dice, por la *Guardia Real* de las ganaderías que hacen el servicio de la plaza. Por eso aquel hermano estrañaba tanto que

corriéndose el lunes seis Gavirias, mi Paternidad no estubiese en ánimo de ir á los toros. Al fin me resolví á ir, tanto por condescender á sus instancias, cuanto porque á Fr. Gerundio le sucede lo que á *Mr. Perrin* el de la comedia, y lo que á los gefes políticos y alcaldes constitucionales, que por necesidad tenemos que asistir á los espectáculos y diversiones y sitios públicos; estos para presidir y mantener el orden, y yo para adquirir materia para mis capilladas, y gerundiar al que del orden se salga y estra-vie; que es decir, que todos vamos con un mismo objeto, que es la conservacion del orden y de la tranquilidad pública. Criticarán algunos el que siendo los toros una funcion bárbara, vaya Fr. Gerundio á ellos. Que es bárbara demasiado lo conozco yo, pero tambien conozco que en España todo anda vice-versa, y sin embargo estoy en España y no quisiera salir de ella. Soy tan español, que hasta prescindo de las barbaridades, cuando son barbaridades españolas netas. *Viva España*, aunque sea con barbaridades. Esto podrá ser otra barbaridad: pero qué lo hemos de hacer? *Viva España!* Es génio mio y se acabó.

Llenos de las mas alagüeñas esperanzas habia tenido la semana anterior á todos los añ-

cionados la próxima campaña de Gaviña. Llegó el lunes, acérese la hora, la capital de la monarquía presenta el aspecto de un pueblo animado y tumultuoso, la puerta de Alcalá era un paso de Termópilas, y la plaza en fin llena y apiñada parecía un campamento del ejército de Jerjes. Y para que nada faltara al grandioso espectáculo, hallábase Fr. Gerundio ocupando una delantera de grada, que es su sitio favorito. Llegó el momento del combate, suena el bélico clarín heredado de los moros, eruje el parche del timbal tambien de invencion árabe; Sevilla y Hormigo caballeros en dos vetustos Pegasos nacidos á fines del siglo 18; forrados de cobre y cuero como los antiguos vélites, y armados de largas picas de invencion etrusca, esperaban impávidos la salida de las Gaviñanas fieras; ábrese la puerta del toril, y da principio la campaña.

Oyes tú, mentirosa y embusteraza; tú, la que dicen que tiene tantas lenguas y tantas bocas; tú, á quien pintan con los carrillos inflados tocando la bocina y haciendo resonar su voz de un ángulo á otro del mundo; contigo hablo, engañosa trompetera; á tí me dirige, *Fama* mendaz; á tí, la que tanto corres como mientes, y tanto mientes como corres; que qui-

siera Dios, ya que tan mentirosa eres, que fueras tambien coja: ¿porqué nos engañaste? di. ¿No te bastaba habernos embaucado con las noticias que nos dieras de tantos generales y ministros que despues nos salieron calabazas, sino que tambien nos has querido engañar hasta con los toros? Para el pícaro que te vuelva á creer, y dé un cuarto por tus noticias, embusteraza.

En efecto, hermanos; esos Gavirias que tenían tanta fama de exaltados é intransigentes, esos seis Gavirias revolucionarios y semi-anarquistas que se esperaban el lunes, ni sé si seducidos por una mano oculta estrangera, ni sé si profundamente afectados, mas afectados que el gobierno, con los siniestros sucesos de la guerra, ni sé por último si por inconsecuencia y apostasía, que de todo hay en estos aciagos tiempos; ello es que en lugar de los exaltados Gavirias que se esperaban, nos encontramos con seis Galianos; es decir (porque no hay que entender las cosas materialmente), con seis toros que segun pública voz y fama fueron del partido exaltado y anti-transaccionista, y cuando menos nadie lo pensaba se convirtieron en moderados, flojos y dispuestos á transigir, si los hubieran dejado, con sus mismos perseguidores y enemigos; sise esceptua el último que empezó dan-

do muestras de decision y energía, pero cuyo entusiasmo desgraciadamente dejaron enfriar los picadores, que parecia tenian para ello espli-cita mision del gobierno.

Sin embargo de todo esto, yo habia resuelto no dar capillada sobre los toros del lunes; quie-ro decir, *acerca* de los toros, porque *sobre* ello ya me guardaría yo bien de hacer nada, aun despues de rématados con el cachetero, que to-davia se me habia de figurar que revivian solo por deshacerse de un Fr. Gerundio criticon que ni á los animales perdona. Y habia pensado no darla por la sola razon de no gustarme tratar un asunto dos veces con la mediacion de poco tiem-po, solícito siempre de ofrecer la variedad po-sible á mis lectores. Pero esta capillada es de compromiso; la ha pedido el pueblo, y yo al pueblo nunca le falto si pide con justicia.

Es el caso (á lo Maroto), que al tercer toro que salió á plaza empezó el pueblo á pedir per-ros, y á pedirlos con tanto empeño y decision, que jamás he visto votacion hecha con mas una-nimidad, ni cosa mas universalmente aclamada. Solo hallo comparable á ella, con la diferencia del mayor ó menor número de votantes, la de exclusion de D. Cárlos y toda su descendencia del trono de España hecha en los dos estamentos

el año 34, cuyo recuercillo traigo á cuento solo por si algun procer ó procurador de aquella época pensase librar el bulto por medio de alguna bula de composicion con el susodicho escluso. Las voces eran tales que bien podia oírse la faccion de Cabrera. Señores, no crean vds. que es exageracion; pues qué, ¿tan lejos les parece á vds. que estaban Llangostera y Polo? Mas acá de Tarancon, y á diez ú once leguas de distancia, paseándose á su sabor, que es la apología mas grande que puede hacerse de la prevision de nuestro gobierno y de la actividad de los generales que la persiguen. Bien podian oírse desde alli las voces, bien. Es verdad que el gobierno no oye desde aqui los clamores que desde allá les dirigen provincias enteras, pero eso consiste en la clase de tímpanos que tienen los ministros, porque es gente que sin duda tiene en los oídos en vez de membranas fibrosas, tambores de hierro colado de seis pulgadas de espesor. Lo mismo le sucedia al presidente de la plaza de toros el lunes. Como cosa de siete mil bocas gritaban á todo gritar pidiendo perros; á todos nos atronaban, Llangostera lo podia oír desde Tarancon, y el presidente desde el palco del ayuntamiento no lo oía. ¡Tímpanos como los que tienen estos presidentes! Y digo que

no lo oiría, porque no los daba; y cuidado que el pueblo los pedía con justicia, porque el toro era un calabazon: era un Perez de Castro con la diferencia de la edad.

El pueblo se exasperaba al verse tan injustamente desairado. Por un lado se oía: «*que se los echen á Gaviria!*» por otro, «*que se los echen al presidente !*» y en todas direcciones se dirigian á los dos catecúmenos otras plegarias y otros exorcismos... en fin, todo el mundo sabe qué clase de exorcistas hay comunmente en la plaza de toros de Madrid, y escuso decir mas. Nada bastó á arrancar la condescendencia del presidente, que era el gefe político, á quien mi Paternidad aprecia, y él lo sabe, por sus buenas prendas, pero cuyo comportamiento del lunes con el pueblo (que este atribuía á parcialidad para con Gaviria) merecen bien una capillada, que le aseguro será mas fuerte si llega á reincidir.

No hubo perros; pues el toro murió su muerte natural de plaza, y aunque sucumbió en cierto olor de santidad, porque en los últimos momentos no debía remorderle la conciencia de haber hecho daño al prógimo, con todo la indignacion de la muchedumbre erigió prodigiosamente hasta el punto de dar que temer.

En tales momentos fijan algunas gentes del tendido 10. los ojos en Fr. Gerundio que se hallaba en la grada del mismo número, debajo justamente del palco de Gaviria, y muy cerca de el del presidente; y dirigiéndose á mi Pater-nidad empiezan á desgañitarse diciendo: «*Fr. Ferundio, capillada al presidente! Fr. Gerundio, capillada á Gaviria! Fr. Gerundio, que la esperamos, que sea buena, que la merecen!*» A estas voces se levanta todo el tendido, y de este, de las gradas y de los palcos, alargan todos la gaita (interpretacion; estiran el cuello) para ver á Fr. Gerundio, y repítense los gritos de: «*Capillada! Capillada! Sí, queremos capillada, si no puede ser ya mañana, que sea el viernes!* Yo les decia: «Bien, bien, hermanos, capillada habrá, porque la piden vds. con justicia.» *Viva Fr. Gerundio!* decia una voz. *Viváááá!* repetian otras muchas. Yo se lo ofrecí, y lo estoy cumpliendo: y lo ofrecí y lo cumplo *solo porque lo pidieron cargados de razon.*

Al fin salió el cuarto toro, tan buen acólito como el tercero; si este era un Perez de Castro, aquel era un Chacon: ni un decreto se ve de este ministro de Marina; ni una vara tomó aquel toro; si como el animalejo era toro de

tierra, hubiera sido toro de agua, podia muy bien sustituir al hermano Chacon en caso de haber cambio de ministerio, sin que en la marcha de los negocios se echára de ver la variacion del personal. Otra vez se volvieron á pedir perros; y fuese por miedo al pueblo, ó fuese por temor á la capillada, al fin el presidente accedió á que se les echasen, habiendo tenido el Sr. Gaviria, segun aseguraron, la baja dignacion de ir á escoger por sí mismo los que se le habian de echar. Fue lástima que no saliera á la plaza á embizcarles.

Ahora bien: ¿qué necesidad tenian ni el gefe politico ni Gaviria de esta capillada? Sin ella ni sabria la España entera la tenacidad y quizá parcialidad del Sr. Puig, ni sabria todo el mundo que el ganado de Gaviria habia sido péximo. Hermanos! Tanto y mas merece quien imprudente y obstinadamente resiste á las justas exigencias del pueblo. Caracter para resistirle cuando pide sin razon: prudencia para complacerle y aun prevenirle cuando son justas y razonables sus peticiones. Hermanos gobernantes, no olvideis esta máxima: por no seguirla llevais tantas capilladas. Escarmentad en Gaviria y en Puig.

SOY NICOLAS MARTINEZ.

¡Qué risa, señor! Siempre que uno sale á la calle ve cosas raras. Ahora cuando yo venia de comprar encontré... ¿Se acuerda vd. de aquel

soldado que hallamos cuando fuimos á llevar una limosna á aquel desgraciado coronel?—Me acuerdo, Pelegrin, de aquel coronel benemérito: de hambre murió despues en una boardilla. ¡Infeliz! Despues de cuarenta años de servicios á su patria sucumbió de miseria el desdichado! Tres dias tardó en saberse su muerte, porque ni aun tuvo quien le viera morir: corrompia ya su cadaver, y no se encontraba quien le diera sepultura. ¡Maldicion á los que tienen tan duras y empedernidas entrañas! Tirabeque, has tocado un punto que quebranta demasiado mi corazon.—Señor, si yo hablaba del soldado y vd. se va al coronel. Pues verá vd. A aquel soldado, que se acordará vd. dije yo que era paisano mio y se llamaba Nicolas Martínez, le encontré ahora hablando cen una moza en mucha conversacion.—¿Y es eso todo lo que has visto? ¿Pues con quién ha de hablar un soldado? ¿Con las esquinas?—No es eso, señor.—Pues si no es eso, ¿para qué lo dices?—Es que llevaba una carta en la mano.—¿Y eso que tiene de particular? Iria al correo.—No señor, yo creo que era para entregársela á la muchacha.—Pareces bobo, hombre: pues si la estaba hablando, qué necesidad tenia de escribirla?—¿Que sé yo, señor? Como á los enamorados todo se les hace poco.....

¿Sabes que seria eso? La carta de desafio que dicen ha enviado una autoridad militar de esta corte al Sr. Alaix.—Ola ola! eso es cosa seria, mi amo. Pues á buena puerta han ido á llamar. Yo apuesto á que aceptó al instante, que para esas cosas es hombre el hermano Alaix

que se pinta solo.—Pues amigo, no: sin duda se impuso desde luego en lo que era (porque él ya sabes que es hombre de talento y penetración), y dicen que la volvió sin abrirla.—Pues mire vd., señor, que lo estraño mucho.—Ya se vé; tu lo estrañarás, porque como no estás en las interioridades del Sr. Alaix....—¿Que no estoy en las interioridades del Sr. Alaix? Mas que vd.: si le digo á vd. que el hermano Alaix no gasta camisa, ¿que me dirá vd.?—Hombre, verdaderamente esa es una *interioridad* que yo no sabia. No parece sino que has sido su ayuda de cámara y que le has visto desnudarse. Pero en esto, Pelegrin, no estrañarás que dude de tu fé.—Puede vd. creerme, señor; y sinó le daré á vd. mas señas. Mire vd.: por el invierno no gasta mas que una especie asi como de túnica de franela, y en este tiempo no trae mas que los calzoncillos con los tirantes.—Hombre, ¿quieres apostar á que descubrimos que Alaix es hermano de orden nuestro? Ya me parecia á mi que tenia asi ciertas cosas como de franciscano. Asi habias de andar tu, Tirabeque, sin camisa, como manda la orden; ya ves como el ministro de la guerra te da el ejemplo. Ahora di que los ministros tienen muchos trapos, como decias hace pocas capilladas: ¿a ver qué trapos le sacas á relucir al hermano Alaix?—Deje vd., señor, que trapos no le faltan; solo que son mas ordinarios y mas asperos que los de los otros; y como son de lana, no sirven para curar heridas, sino para empeorarlas; porque la lana es aspera, como vd. sabe.—Tambien te digo, que si no es hermano de or-

den nuestro, es un fenómeno hallar en este tiempo un ministro español que vista á lo espartano.—A lo Espartero, querrá vd. decir, señor.—No, hombre, que Espartero gasta camisas de hilo, y bien finas; sino á lo espartano, ó á lo lacedemonio, que son los soldados mas austeros que se han conocido.

Y volviendo al otro soldado, ¿tú acabas de contarme lo que viste?—Há; si señor.

El estaba vuelto de espaldas y con otro uniforme distinto, de modo que no era fácil conocerle. Pero yo le conocí en la cifra de la carta, y dije: «ola, pájaro pinto, ya te conozco.» Y qué poca paciencia debe tener el maldito, porque la decia en el sobre á la muchacha: «*Urgentísimo:*» mucho debia apurarle la cosa que tenia que decir.—Hombre! ¿y en qué cifra le conociste?—En una que tenia el mismo sobre que decia: *S. N. M.* Asi que la vi dije, «ya caiste: esto quiere decir: *Soy Nicolas Martinez.*—Ah bruto bruto! Tu si que eres *asnis burris*, como decias el otro dia. Si esas iniciales significan *Servicio Nacional Militar*, y lo que tu llamas carta sería un pliego que dirigiria una autoridad militar á otra con urgencia. ¿Qué es eso? ¿Te quedas pensativo? Parece que te abochornas de tu sandez. Vamos, no te averguenzes, que nadie nació enseñado. ¿En qué piensas, hombre? Vaya una sensibilidad esquisita que tienes hoy.

Señor, estoy pensando... que ese soldado debia ser general.—¿Por qué, hombre?—Por la actividad que desplegabá en las cosas del *Servicio Nacional Militar.*

¿Y ahora en qué piensas?—Señor, pienso en mucho.—Es que cuidado con volverte loco.—Crea vd., señor, que lo que estoy pensando mas es para volverse uno loco que para otra cosa. Estoy pensando si será algun *Nicolas Martinez* como este el encargado de perseguir á esas facciones que vinieron á la provincia de Guadalajara. Porque digo yo, y digo asi: «los facciosos se detienen tres ó cuatro dias atacando un fuerte; los facciosos se llevan catorce ó quince mil cabezas de ganado: el ganado anda poco y estorba mucho: los nuestros nunca alcanzan los facciosos; con que aqui de Dios. Si esto no vuelve loco, no sé yo que volverá.—¿No ves que nuestros generales no pueden saber por dónde van los facciosos?—Señor, por la virgen santísima! Las ovejas y carneros no llevan cencerros? ¿los cencerros no hacen ruido?—Qué bobo eres, hombres! ¿Sabes lo que hacen los facciosos? Luego que roban el ganado, le quitan los cencerros y los tiran, y van marchando en silencio. Llegan nuestros generales, cogen los cencerros, se los ponen al cuello, y como suenan, los oyen los facciosos, conocen que los persiguen, y se escapan.—Pero señor, ¿cómo han de escapar con tantos rebaños como llevan? ¿Tanto es lo que puede andar el ganado?—Mira; cuando se ven apurados ¿sabes lo que hacen? les dice el gefe: «ovejas al morral.» Y cada soldado coge siete ú ocho ovejas, y las van metiendo, unas en el morral, otra en la mochila, otras en la cartuchera, otras en el morrion, y asi van andando y escapando.—Por San Jacinto Advincula, señor! Ni las ovejas caben en la cartuchera, ni los solda-

dos podrian andar con tanta carga.—Es que cuando les cansa y les impide andar con libertad, da otra voz de mando el gefe: «ovejas y carneros á Cantavieja:» y van las ovejas y los carneros á Cantavieja por los aires, y los nuestros al verlos se quedan embobados mirándolos, y entretanto escapan los faeciosos.—Señor, eso todo es imposible.—Te lo parecerá á ti; tambien parece imposible que nuestras tropas siendo mas y mejores, no puedan nunca alcanzar y batir las enemigas, y que estas se paseen por donde quieran y roben lo que se les antoje, y sin embargo asi sucede.—Pero eso consistirá en que los generales nuestros harán las cosas del servicio militar como el soldado Nicolas Martinez.—En qué consista, ya te lo he dicho.—Pues señor, pronto ponía yo el remedio á esto. Si yo fuera gobierno, diría: «Ven acá, Nicolas Martinez; tu dejaste marchar 15000 cabezas de ganado por el aire, perdiendo á mil familias, ¿no es verdad? Vaya, pues poco te pido; la cabeza tuya por el aire no mas.»—Estás sanguinario, Tirabeque.—Señor, mas sanguinario es perder los pueblos y las familias.—Pues amigo, eso no puede ser, porque el gobierno es otro Nicolas Martinez.—Y acaso tendrá él la culpa y no los generales.—Pues señor, entonces no hay mas remedio que ó no pensar, ó volverse uno loco.—En efecto, este modo de hacer el *Servicio Nacional Militar* nos tiene que volver á todos locos.